

## Antonio Cisneros *died 2012 aged 69*\*

César Ángeles

*Me miran (si me ven)  
como a un muerto  
con el último cigarro entre los labios.*

De «Naturaleza muerta en Innsbrucker Strasse».

Me veo en esta banca, pensando en el muerto que acabo de ver no hace mucho. Es el poeta Antonio Cisneros Campoy, de quien vine, algo tarde es verdad, a despedirme en su velorio. Inclusive pensaba yo que la iglesia miraflores de Fátima (donde hice, además, mi primera comunión *many years ago*) estuviera cerrada. Pero no. Cuando llegué, el velatorio estaba aún abierto, la gente merodeaba susurrando, el mar seguía al frente tras el parque y el malecón. Iba a saludar a este hombre con quien me unieron algunos momentos fugaces en mi vida, en la suya. En el trayecto pensaba cómo se le vería en la cama final de madera, qué le diría en silencio, a quién saludar si casi no conocí a su familia, y menos a sus amigos, de

---

\* La versión electrónica de este texto fue publicada en <[www.letras.s5.com](http://www.letras.s5.com)>.

varios de quienes más bien me alejé por diferentes perspectivas y actitudes ante la vida y la política. Me dije que no podía ir a ese velorio con las manos vacías, así que en un grifo cercano compré un ron nacional y una gaseosa para mezclar mientras me quedara allí. Pienso que a él le hubiera gustado la idea, gato nocturno como era, de cervezas y cigarros casi en cualquier esquina donde hubiese ambiente para conversar largas horas de noche.

Me acordé de Cisneros, me preguntaba cuándo fue la primera vez que lo vi. En la Universidad Católica, donde yo acababa de ingresar. Recuerdo lejanamente que hubo un recital organizado para acompañar algún acto político. Recuerdo a Cisneros, a aula llena, diciendo que leería unos poemas para la coyuntura, porque este acto, dijo, no era un acto poético sino más bien político. Todo salió bien. Luego, con un grupo de amigos, se fue en un auto mediano, y por alguna razón, quizá porque yo conocía a alguien del grupo (creo que eran los jóvenes poetas del colectivo La Sagrada Familia), yo también subí al auto y anduvimos algo apretados. En el camino, como era su costumbre, la ironía, el humor y la voz de Cisneros coparon el aire. Todos reíamos con las bromas. De pronto, me miró y dijo: ‘¿Quién es Alien?’ (aludiendo a la película *Alien, el octavo pasajero*, de 1979). Le hablaron de mí, de amigos comunes, y la conversa siguió su curso. Creo que más adelante me bajé, y ellos adónde se irían. Por entonces yo era, claro, más joven, como todos, y Cisneros era, hace rato, un reconocido poeta de la destacada promoción del sesenta. Tenía el aura de haber sido amigo de admirados poetas nuestros como Javier Heraud y Luis Hernández. Él mismo era admirado por una poesía a caballo entre la historia, la conciencia política crítica de izquierda, el lirismo coloquial de marca anglosajona, y el cosmopolitismo mixturado con personajes, hechos y factores de nuestra realidad peruana y latinoamericana. Era un poeta mayor, y yo, como otros, lo veíamos con admiración, curiosidad y cierto temor de chiquillo recién ingresado a los estudios universitarios.

No recuerdo si volví a verlo en los inmediatos años siguientes. Pero claro que seguí su trayectoria literaria y periodística, especialmente por su labor en *El diario de Marka*, aquel vocero de la iz-

quierda nativa, donde fundó y dirigió un suplemento cultural que hizo historia: *El Caballo Rojo* (1980-1984). Como tantos, yo lo leía cada semana con interés redoblado. Aquel suplemento reunía a lo más graneado de la intelectualidad de izquierda de esos tiempos, cuando la pólvora empezaba a hacer lo suyo en el interior del país. Bajo la dirección de Cisneros, ofrecía un panorama amplio, acertadas colaboraciones, y fue una experiencia periodística que marcó época. Cisneros también venía de integrar el «Comité divertido» de esa otra delirante publicación que fue *Monos y Monadas*, dirigida por Nicolás Yerovi, nieto del famoso costumbrista Leonidas Yerovi, y que en 1978 —en plena dictadura militar— resucitó el viejo proyecto de periodismo humorístico-político de su abuelo. En *El Caballo Rojo*, Cisneros publicaba su columna editorial «A caballo», con visiones agudas sobre la coyuntura política, que a veces combinaba con el testimonio personal, fruto de sus muchos viajes y su conocimiento de diversidad de personas con diversos oficios. Así que estaba en pleno apogeo, y sus libros corroboraban su vigencia en el panorama nacional y latinoamericano.

Cuando arreció la guerra interna, que tuvo como antagonistas principales al PCP-Sendero Luminoso y al Estado peruano, a mediados de los años ochenta, *El Diario de Marka* dejó de salir, y luego se refundó bajo una línea más radical, y la izquierda tradicional —aquella que había concitado tanta votación a comienzos de dicha década, con el retorno al régimen constitucional— afirmó su plegar más al orden existente, al mismo tiempo que fue deslindando con la lucha armada iniciada por una de sus fracciones como lo era 'Sendero' desde los años setenta. La 'metáfora Cisneros', como bien ha caracterizado Javier Garvich (véase el enlace respectivo al final de este artículo), también se fue haciendo y deshaciendo al ritmo sincopado de la izquierda legal peruana y sus espirales. O sea que lo de Cisneros, cómo así fue convirtiéndose en metáfora de sí mismo, de aquel joven esperanzado y cuadro del socialismo, no aconteció por generación espontánea. Fue el caso de una izquierda de la que él era una de sus cabezas más visibles, por su capacidad histriónica, su eficacia para ser mediático, en un país donde los poetas se dan como hongos pero donde cada vez se lee/se disfruta/

se vive menos (en) poesía. Quizá es verdad que, a su modo, Cisneros puso la poesía en un lugar visible de la estantería nacional de estos años. Casi un Chocano reciclado en los tiempos del marxismo o el posmarxismo latinoamericano, pasando por los hippies y mayo del 68. Pero ese lugar visible ¿de qué estaba hecho? En esta crónica (de chapí) es mejor que las palabras sigan corriendo según su propio ritmo misterioso.

Hacia 1987, sin embargo, Lima no había sido tan golpeada como lo sería a fines de la década, y yo me fui a un viaje de tres meses por Sudamérica. Recorrí varios países, y con ayuda de mis amigos poetas contacté a otros artistas y escritores en las ciudades donde iba recalando, todo por autopistas y viajando de las formas más diversas. Por entonces, hacer *autostop* era viable. La cuestión es que, al final del periplo, regresé a Lima algo apesadumbrado porque Brasil me había fascinado, y en el avión que me traía de regreso, desde La Paz, pensaba si debía haberme quedado en Brasil a vivir de algún modo. Pero estaba de vuelta. Y en la mochila me traje una larga entrevista grabada con un poeta mayor de Chile, Enrique Lihn. Esta apareció a dos amplias páginas en *La República*, y desde entonces empezó mi trabajo periodístico en diversos medios. Asimismo, ese año tuve la sorpresa grata de aparecer incluido en una antología de poesía peruana joven, elaborada por amigos poetas, con una reducida lista de doce autores. El libro, por eso, se llamó *La última cena* (Lima, 1987), y desató adhesiones y denuestos.

Cuento todo lo anterior, porque la siguiente ocasión en que vi a Cisneros de cerca, yo figuraba en una antología, y estaba por realizar mi memoria de bachillerato en la Católica. Había hablado con mi asesor, el crítico y editor Abelardo Oquendo, a quien le comenté de mi interés por trabajar lo lúdico y el humor en la poesía de Luis Hernández. Él me escuchó, y luego me sugirió la idea de trabajar la poética de Antonio Cisneros, quien también tenía una mirada crítica sobre la realidad contemporánea, era de aquella generación de Hernández, y empleaba los recursos de la ironía y el humor en su poesía. Además, estaba vivo, lo cual podría facilitar mi trabajo. No me pareció mala idea en ese momento, y decidí entrevistarme

con el célebre autor de *Canto ceremonial contra un oso hormiguero*. No recuerdo detalles, solo que Cisneros aceptó gustoso apoyarme, lo cual me sirvió para calmar cierta impaciencia que aparece en esos trances académicos. Así que, dialogando con él, recabé información de primera mano sobre su poética, sus experiencias, así como sobre cierta bibliografía que podía consultar, como trabajos críticos e incluso otras tesis sobre su poesía. Me prestó un vasto archivo periodístico acerca de sus libros. En el camino, decidí que si iba a indagar por recursos retóricos como la ironía y el humor, bien podría hacer una suerte de análisis comparativo entre el primer Cisneros, aquel joven precoz de *Comentarios reales* (1964, Premio Nacional de Poesía), y aquel otro ya más maduro, cuando ganó el Casa de las Américas (1968, Cuba) con *Canto ceremonial contra un oso hormiguero*. Él mismo dijo, en una entrevista, que en este segundo libro integró más dialécticamente los ámbitos de lo privado y lo público: el ambiente familiar-individual con el ambiente social-histórico. Con mi asesor, vimos que Cisneros pasaba de la ironía mordaz y crítica contra el patriotismo criollo y sus mitos, al humor de su segundo libro, donde con una mirada igualmente crítica, pero menos satírica y más humorística, desmontaba la ética y mitología del capitalismo en relación con la historia contemporánea y el Perú. Un libro más ambicioso, sin duda, considerado por muchos —me incluyo— como su obra mayor.

Sin embargo, con cierto gusano interior por revisar nuestra poesía contemporánea bajo los lentes de la ironía y el humor, hice una larga introducción donde pasaba revista a siete poetas peruanos, comparando cómo empleaban estos recursos y en qué medida. Los poetas fueron José María Eguren, César Vallejo, Carlos Oquendo de Amat, Carlos Germán Belli, Juan Gonzalo Rose, Jorge Eduardo Eielson y Pablo Guevara. De esa introducción o estudio colectivo, la parte sobre Vallejo me quedó mejor desarrollada, además de aparecer como bastante novedosa considerando la imagen tradicional de Vallejo pesimista, por lo que decidí publicarla como ensayo en un libro posterior, junto a otro ensayo sobre el poeta Arthur Rimbaud y la Comuna de París. Sin embargo, la tesis fue en su mayoría el citado análisis sobre la poesía de Cisneros. El capí-

tulo que más me satisfizo fue aquel del marco histórico, que abría con un *collage* con imágenes del Che Guevara en diferentes posiciones, y con Cisneros y César Calvo en un homenaje universitario al poeta guerrillero del sesenta, Javier Heraud, tratando así de captar la atmósfera de aquella época y aquellos jóvenes que alimentaron mi también joven imaginación durante los años setenta y ochenta. Mi tesis la concluí en 1989.

Dos años después, había publicado, además, un libro individual de poesía (*El sol a rayas*, 1989) y contaba con cierta experiencia periodística de cuatro años. Esto fue hacia comienzos de la década siguiente, en los noventa. Había terminado desgarradamente una breve relación amorosa, y en mi proceso de autorreconstrucción (nada sencillo en verdad: creo que aún tengo cicatrices interiores) decidí no solo terminar una licenciatura en la Católica, sino encontrar un trabajo regular en periodismo. Así que, en 1991, busqué a Antonio Cisneros en la revista *SÍ*, la misma que en 1993 resonó internacionalmente por su hallazgo de las fosas con los estudiantes universitarios de La Cantuta, desaparecidos y asesinados por el Ejército en pleno fujimorato, acusándolos sin pruebas como senderistas. Él era editor de *Culturales*: una amplia sección de catorce páginas que debían nutrirse semanalmente para el público nacional. Cisneros me escuchó atentamente —siempre escuchaba atentamente, con ojos bien abiertos e inquietos, cejas arqueadas, un rostro alargado, sus cabellos revueltos, un cigarro entre los dedos—, y cuando terminé de presentarme y decir mi objetivo, con esa voz ronca de chelas en la madrugada y cigarros varios, me hizo una propuesta delirante. Me dijo que me contrataba en la oficina de *Culturales* de la revista si lograba una entrevista con el pintor José Tola. Esa fue una oferta entre la vida y la muerte, no tanto porque yo necesitaba y quería ese trabajo, que me haría bien en varios sentidos, sino porque Tola tenía fama de artista peligroso, irascible, intratable, y todo lo que usted pueda imaginar. Como sea, yo era más joven, y acepté con una sonrisa incierta en los labios. Toño —voy a llamarte así, aunque casi nunca lo hice— cerró la conversa y quedamos en dicho trato. Me preparé, me adjuntaron una fotografía que, para más señas, era novia de un buen amigo ar-

tista (Michelle Beltrán, pareja de Kike Wong, del taller NN, y que hace varios años también tomó el cielo por asalto por un accidente automovilístico en Brasil), y fui donde el pintor a cumplir mi primera misión periodística. Luego de varias anécdotas y momentos de riesgos calculados —Tola era un diestro manejador de técnicas para aterrar a periodistas— que aquí no cabe contar, acabé de hablar con él al día siguiente (Tola despachó rápido a Michelle, quería hablar a solas conmigo, fue su condición). La noche había sido larga, tomamos muchas cervezas, fumamos mil cigarros y más con Tola, y al final, luego de que este, amablemente, me invitara un par de churrascos que él mismo frío, me dejó tirado en un sofá a las tantas de la madrugada diciéndome: «No sirves para estas cosas». Me arrojó una manta y dormí, dejando por el suelo los apuntes que había hecho. Al día siguiente, no había ningún papel, y su mujer de entonces me dijo que ellos iban antes a leer mis notas. Que preparase un borrador y se los mostrase antes de publicarlo en *Sl*. Llegué a casa resaqueado, ofendido, preparé de memoria dicha crónica, la titulé ‘Tola por Tola’, y luego de discutir con la pareja que no quería que publique eso, se la llevé a Cisneros. La leyó y me dijo que estaba perfecta. Que salía y que quedaba contratado. Esa semana debí lidiar con la obsesión de Tola y su pareja, que llamaban seguido a casa de mi familia para impedir que publicase dicho texto. El argumento era que él quería limpiar su fama, o eso decía al menos su mujer. Como sea, Toño me amparó, los conocía, como conocía a medio mundo, y me tranquilizó diciéndome que la nota salía tal cual, que la pareja también lo había llamado a él, que no hiciera caso, que no pasaría nada, que no jodan y sanseacabó.

Así lo conocí, así empecé a trabajar con él por nueve meses de parto en esa revista. El primer día, en la puerta principal, entre serio y sonriente, me dijo: «Ángeles, no te pongas revolucionario que esta es una revista burguesa». Yo creo que le mencioné sus tiempos como caballo rojo. Él me dijo que eso era el pasado. Como sea, ese tiempo, más allá de las discusiones con él por nuestros divergentes puntos de vista, por las notas que debía o no debía hacer, más allá de sus llamadas constantes a casa de mis padres para ver si avanzaba en mi trabajo (mi colega en Culturales era el compositor Juan

Luis Dammert, que puede dar fe de este ritmo cisneriano), más allá de todo eso, debo admitir que ese trabajo me ayudó mucho a curar mi roto corazón de entonces, y me permitió conocer a mucha gente diversa, en cocteles, *vernissages*, presentaciones varias, a las que éramos invitados como periodistas. Trabajé en diversas notas y artículos, que siempre acordábamos con Cisneros los lunes. Para ser sinceros, el trabajo de hormiga lo hacíamos Dammert y yo, más los fotógrafos. Cisneros era el director de Culturales, y su firma daba prestigio a la sección y a la revista. En general, le gustaban las ideas que le proponíamos, así que por ese lado no había mayor problema. Solo lo había cuando mis textos tenían una posición o un lenguaje que, al trepidante ritmo de los ochenta, se alejaban de su primera advertencia en la vieja puerta de la revista. Asimismo, cuando en lugar de cumplir sus encargos decidía yo enrumbar la línea periodística por el lado que mejor me parecía. Las discusiones con Cisneros, lamentablemente, fueron tomando un cariz cada vez más antagónico, y un santo día, uno de esos en que yo no solo no había comentado bien una revista donde él publicó unos poemas, sino que, además, había publicado en la agenda cultural una larga cita del historiador recién fallecido Alberto Flores Galindo (1949-1990), criticando a su generación por arriar las banderas de izquierda en aquellos tiempos álgidos del Perú, Toño se encerró conmigo en la oficina de Culturales, y gritando me dijo que estaba despedido, que él nunca había despedido a nadie pero que esta vez sí lo hacía conmigo. Que quién era yo, además, para querer dar lecciones con las palabras de un amigo suyo como había sido Tito Flores Galindo. En fin. Verdad es que me sentí aliviado. El trabajo se había ido puesto más estresante, y mis contradicciones con él también.

No cabe ahora recordar detalles, no viene al caso. Pero fue inevitable que cuando este sábado por la mañana me enteré, por mi amiga, la poeta Victoria Guerrero que me escribió al celular, que Antonio Cisneros había muerto, todo lo vivido volviera sobre el alma. Estaba yo dando una clase, y el mensaje me paralizó. Sabía que él estaba mal, de seguro por tantos cigarros diarios durante tantos años, pero no pensé que su muerte adviniese tan pronto, en



menos de un mes. No sabía bien, en verdad, qué debía hacer. Ir o no al velorio. Si no lo había vuelto a tratar desde entonces, desde el 91. El 94 emprendí un viaje de varios años a Europa, y cuando volví, el 2001, lo había visto de lejos nomás, conversando y tomándose algo en mesas de *habitués*, en el bar Juanito, en el Pitz, en alguna concurrida reunión, y siempre evitando acercármele, no por mala leche sino porque pensaba que no podríamos entendernos, y que quizá me repetiría lo que me dijo poco antes de que partiese del Perú. Me lo encontré de casualidad, una tarde de fines del 93, en Miraflores. Me vio. Era la esquina de Diagonal con Berlín, se acercó corriendo y me dijo: «¡César, tienes que irte pronto! ¡Te están siguiendo! ¡Por razones políticas!». Obviamente, estaba jodiendo, de seguro recordando nuestras mil contradicciones en *Sí*. A mí solo me seguía (si me seguía) mi sombra. De cualquier modo, eran años de dura represión estatal, el fujimorato había tomado las riendas del gobierno con dureza, amparado en la captura policial de Abimael Guzmán y parte de la dirigencia senderista. Así que esa última imagen de Cisneros me desalentó para acercarme a él cuando lo volví a ver en la década pasada, abriendo el siglo XXI. Nunca me alegré de eso, la verdad sea dicha.

Sin embargo, yo estaba allí, este sábado, en una banca del parque frente al velatorio, meditando sobre él, y sobre tantas cosas. En realidad, me apené cuando supe de su muerte. Me pregunté qué me originaba esa pena. No solo quizá era que me hacía pensar en mi propia condición mortal. No solo que fue alguien, en medio de todo, inteligente, que hizo una obra poética valiosa que ha de perdurar, no solo que proviene de unos años legendarios como son los juveniles y revolucionarios años sesenta, sino que, además, con él trabajé y conversé varias veces, así haya habido discusiones de por medio. Contribuyó a aquel sentimiento saber, también, que con sus sesenta y nueve diciembres no estaba agotado ni física ni vitalmente. Creo que, en el fondo, sentí que me hubiera gustado ser su amigo, o algo parecido. Me hubiera gustado que nuestras formas de ser, las cosas que pasan en este país, y también otras situaciones mínimas, no nos alejaran, no del todo. No sé cómo hubiera sido eso posible. Solo sé que este sábado sentí y pensé que debía ir a verlo.

Así hice. Llegué de noche, subí al velatorio, ya no había tanta gente. Me acerqué a su féretro, incliné la cabeza, lo vi durmiendo dentro, más delgado, más pálido, las mismas cejas arqueadas y atentas. De terno (el *blue jean* sesentero era cosa del pasado: me resonó nuestro diálogo al primer día en *ŚÍ*). Me quedé un momento en silencio delante de él, y puse mi mano sobre la luna antes de dar media vuelta para caminar por el malecón, y tomarme unos cubalibres para el duelo y la reflexión. Antes de salir, abracé a Nora, 'la Negra', su esposa por más de treinta años. Abracé a una de sus dos hijas, que llegó de Barcelona. Salí y fuera estaba un amigo, el poeta Domingo de Ramos. Tomamos unos cubas, en un vasito de plástico para la ocasión, hablamos. Al final, continué solo por los alrededores, y me encontré con la cuñada de Cisneros, en una banca. Fumamos cigarros, burlando la causa de la muerte de Toño. Fumamos como a él de seguro le hubiese gustado. Me contó que había muerto sin dolor. Que el día anterior estuvo lúcido, rodeado de su familia, en casa de su madre, que lo sobrevive. Es una forma buena de morir, pensé, *entre pájaros y árboles*. Me acordé de la larga agonía de mi padre, hace dos años y medio, cuando a sus 91 le dio un derrame y estuvo casi un año en el hospital, algo duro para todos, para él también, de seguro.

En fin, sería un burdo lugar común decir que fui al velorio de Antonio Cisneros por la poesía. O algo parecido. No. Tampoco porque me consideraba su amigo. No lo fui. Solo un conocido que de joven trabajó con él, y con quien tuve algunas buenas conversaciones sobre poesía y sobre la vida. Creo que fui a verlo porque me acordé de algunos poemas suyos, porque recordé algunos momentos buenos, por el humor punzante que tenía, aunque a veces, ay, con las aguas, se deslizaba por la ironía y burla criollas, y porque pienso que después de lo que pueda decir fue un tipo que no le hacía ascos a sentarse con quien quisiera tomar una copa y charlar. Creo que, en parte, fui por todo eso. Y también porque quería decirle, en silencio, que cuando una persona muere, no solo muere de presente, sino también muere con las imágenes de los demás. Quizá en secreto le llevé la imagen que hubiera querido mantener de él, la imagen que se me mezcla en el camino con otras circunstancias. Sin embargo, la muerte ha de limpiar la semblan-

za. Y la imagen que quise retener de él fue una a la altura de mis ideales. Nosotros los mortales muchas veces no alcanzamos a vivir eso, pero esa imagen fue la que quise dejarle como ofrenda en su responso. Si hay alguna vida después de esta vida, él me habrá entendido, y quizás después de todo, del paso del tiempo y de las aguas, habrá sabido que lo que esperé de él era algo que él mismo se encargó de hacernos imaginar a quienes vimos en los jóvenes poetas del sesenta algo como el anuncio de un mundo mucho mejor que este, de la mano de la música, el humor, la creación, las ideas vanguardistas, y el amor limpio y la amistad leal. De ese mundo imaginado y utópico, Toño Cisneros fue alguna vez parte en mí. Habrá sido por eso que fui a verlo este sábado. Y también porque trabajando con él, discutiendo con él, me fui curando de una historia romántica que me había dejado hecho pedazos. *Dios ponga cabe a nuestras lágrimas*. Adiós, Toño, espero que ambos estemos hablando, por fin, algún lenguaje común, en poesía, con la verdad en la mano. *Acuérdate, Hermelinda, acuérdate de mí*.

Escrito entre el sábado 6 y el miércoles 10 de octubre del 2012.

Lima, Virreinato del Perú